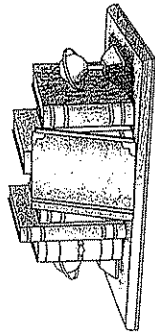
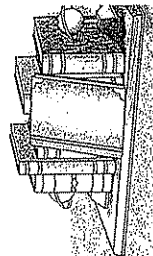


Lectura



Cajas de cartón

Francisco Jiménez



El autor

Francisco Jiménez

Francisco Jiménez nació en 1943. "Cajas de cartón" es un cuento biográfico que narra las experiencias de una familia de obreros migratorios como lo fue la familia de Jiménez. Él ha declarado que "Roberto" es el nombre de su hermano mayor y "Panchito", el nombre con que lo llamaban a él, su apodo. Aunque en el cuento no menciona el nombre del narrador, él, o sea "Panchito", es el narrador. La historia de Francisco Jiménez es un ejemplo vivo del éxito que han tenido muchos inmigrantes en los Estados Unidos. Su determinación le ayudó a vencer las vicisitudes que se les presentaron a él y a su familia. Recibió un doctorado de la Universidad de Columbia y hoy enseña español en la Universidad de Santa Clara en California.

Al leer

Mientras lees el cuento, presta atención a estos puntos:

- el tipo de trabajo que hacían algunos miembros de la familia y las condiciones en que trabajaban
- el tipo de vida que llevaban
- el primer día de escuela del narrador

contractor, foreman

day-laborers

picker / A... I liked him

?

signaled / Ya... It's time (Ya es hora) / badly spoken, broken

?

Por... On the way steering wheel estaba...? Echó... He threw back / dust cough

lo... what belonged to us weight

tampoco... had not slept a wink either

Era a fines de agosto. Ito el contratista, ya no sonreía. Era natural. La cosecha de fresas terminaba, y los trabajadores, casi todos braceros, no recogían tantas cajas de fresas como en los meses de junio y julio.

Cada día el número de braceros disminuía. El domingo sólo uno—el mejor pizcador—vino a trabajar. A mí me caía bien. A veces hablábamos durante nuestra media hora de almuerzo. Así es cómo aprendí que era de Jalisco, de mi tierra natal. Ese domingo, fue la última vez que lo vi.

Quando el sol se escondía detrás de las montañas, Ito nos señaló que era hora de ir a casa. "Ya es horra", gritó en su español mocho. Ésas eran las palabras que yo ansiosamente esperaba doce horas al día, todos los días, siete días a la semana, semana tras semana, y el pensar que no las volvería a oír me entristeció.

Por el camino rumbo a casa, Papá no dijo una palabra. Con las dos manos en el volante miraba fijamente hacia el camino. Roberto, mi hermano mayor, también estaba callado. Echó para atrás la cabeza y cerró los ojos. El polvo que entraba de fuera lo hacía toser repetidamente.

Era a fines de agosto. Al abrir la puerta de nuestra chochita me detuve. Vi que lo que nos pertenecía estaba empacado en cajas de cartón. De repente sentí aún más el peso de las horas, los días, las semanas, los meses de trabajo. Me senté sobre una caja, y se me llenaron los ojos de lágrimas al pensar que teníamos que mudarnos a Fresno.

Esa noche no pude dormir, y un poco antes de las cinco de la madrugada Papá, que a la cuenta tampoco había pegado los ojos

Fresno. Ya que Papá no hablaba inglés, Mamá le preguntó al capataz si necesitaba más trabajadores. "No necesitamos a nadie", dijo él, rascándose la cabeza. "Pregúntele a Sullivan. Mire, siga este mismo camino hasta que llegue a una casa grande y blanca con una cerca alrededor. Allí vive él".

Cuando llegamos allí, Mamá se dirigió a la casa. Pasó por la cerca, por entre filas de rosales hasta llegar a la puerta. Tocó el timbre. Las luces del portal se encendieron y un hombre alto y fornido salió. Hablaron brevemente. Cuando el hombre entró en la casa, Mamá se apresuró hacia el carro. "¡Tenemos trabajo! El señor nos permitió quedarnos allí toda la temporada", dijo un poco sofocada de gusto y apuntando hacia un garaje viejo que estaba cerca de los establos.

El garaje estaba gastado por los años. Roidas por comejenes, las paredes apenas sostenían el techo agujereado. No tenía ventanas y el piso de tierra suelta ensabanaba todo de polvo. Esa noche, a la luz de una lámpara de petróleo, desempacamos las cosas y empezamos a preparar la habitación para vivir. Roberto, enérgicamente se puso a barrer el suelo; Papá llenó los agujeros de las paredes con periódicos viejos y con hojas de lata. Mamá les dio de comer a mis hermanitos. Papá y Roberto entonces trajeron el colchón y lo pusieron en una de las esquinas del garaje. "¡Viejita", dijo Papá, dirigiéndose a Mamá, "tú y los niños duerman en el colchón. Roberto, Panchito y yo dormiremos bajo los árboles".

Muy temprano por la mañana al día siguiente, el señor Sullivan nos enseñó donde estaba su cosecha y, después del desayuno, Papá, Roberto y yo nos fuimos a la viña a picar. A eso de las nueve, la temperatura había subido hasta cerca de cien grados. Yo estaba empapado de sudor y mi boca estaba tan seca que parecía como si hubiera estado masticando un pañuelo. Fui al final del surco, cogí la jarra de agua que habíamos llevado y comencé a beber. "No tomes mucho; te vas a enfermar", me gritó Roberto. No había acabado de advertirme cuando sentí un gran dolor de estómago. Me caí de rodillas y la jarra se me deslizó de las manos.

Solamente podía oír el zumbido de los insectos. Poco a poco me empecé a recuperar. Me eché agua en la cara y en el cuello y miré el lodo negro correr por los brazos y caer a la tierra que parecía hervir.

barrier... to sweep the floor
? / tin

soaked
chewing
row

warning me

slipped
buzzing

mud
to boil

en toda la noche, nos levantó. A pocos minutos los gritos alegres de mis hermanitos, para quienes la mudanza era una gran aventura, rompieron el silencio del amanecer. El ladrido de los perros pronto los acompañó.

Mientras empacábamos los trastes del desayuno, Papá salió para encender la "Carcanchita". Ese era el nombre que Papá le puso a su viejo Plymouth negro del año 38. Lo compró en una agencia de carros usados en Santa Rosa en el invierno de 1949. Papá estaba muy orgulloso de su carro. "Mi Carcanchita" lo llamaba cariñosamente. Tenía derecho a sentirse así. Antes de comprarlo, pasó mucho tiempo mirando otros carros. Cuando al fin escogió la "Carcanchita", la examinó palmo a palmo. Escuchó el motor, inclinando la cabeza de lado a lado como un perico, tratando de detectar cualquier ruido que pudiera indicar problemas mecánicos. Después de satisfacerse con la apariencia y los sonidos del carro, Papá insistió en saber quién había sido el dueño. Nunca lo supo, pero compró el carro de todas maneras. Papá pensó que el dueño debía haber sido alguien importante porque en el asiento de atrás encontró una corbata azul.

Papá estacionó el carro enfrente a la choza y dejó andando el motor. "¡Listo", gritó. Sin decir palabra, Roberto y yo comenzamos a acarrear las cajas de cartón al carro. Roberto cargó las dos más grandes y yo las más chicas. Papá luego cargó el colchón ancho sobre la capota del carro y lo amarró con lazos para que no se volara con el viento del camino.

Todo estaba empacado menos la olla de Mamá. Era una olla vieja y galvanizada que había comprado en una tienda de segunda en Santa María el año en que yo nací. La olla estaba llena de abolladuras y mellas, y mientras más abollada estaba, más le gustaba a Mamá. "Mi olla" la llamaba orgullosamente.

Sujeté abierta la puerta de la chochita mientras Mamá sacó cuidadosamente su olla, agarrándola por las dos asas para no derramar los frijoles cocidos. Cuando llegó al carro, Papá tendió las manos para ayudarme con ella. Roberto abrió la puerta posterior del carro y Papá puso la olla con mucho cuidado en el piso detrás del asiento. Todos subimos a la "Carcanchita". Papá suspiró, se limpió el sudor de la frente con las mangas de la camisa, y dijo con cansancio: "Es todo".

Mientras nos alejábamos, se me hizo un nudo en la garganta. Me volví y miré nuestra chocita por última vez.

Al ponerse el sol llegamos a un campo de trabajo cerca de

?
dawn

utensils
to start

the right

palmo... inch by inch

parakeet

owner / de... anyway

dejó... ?
to carry

hood
ties, knots

abolladuras... dents and nicks

I held / took out
grabbing it / handles
? / cooked

sighed / sleeves

nudo... lump in my throat

to be

Todavía me sentía mareado° a la hora del almuerzo. Eran las
 110
 dos de la tarde y nos sentamos bajo un árbol grande de nueces°
 que estaba al lado del camino. Papá apuntó° el número de cajas
 115
 que habíamos pizcado. Roberto trazaba° diseños en la tierra con
 un palito.° De pronto vi palidecer° a Papá que miraba hacia el
 camino. "Allá viene el camión° de la escuela", susurró° alarmado.
 120
 Instintivamente, Roberto y yo corrimos a escondernos entre las
 viñas. El camión amarillo se paró frente a la casa del señor
 Sullivan. Dos niños muy limpietitos y bien vestidos se aparearon.°
 Llevaban libros bajo sus brazos. Cruzaron la calle y el camión se
 125
 alejó. Roberto y yo salimos de nuestro escondite° y regresamos
 adonde estaba Papá. "Tienen que tener cuidado", nos advirtió.
 Después del almuerzo volvimos a trabajar. El calor oliente y
 pesado,° el zumbido° de los insectos, el sudor y el polvo hicieron
 130
 que la tarde pareciera una eternidad. Al fin las montañas que
 rodeaban° el valle se tragarón° el sol. Una hora después estaba
 demasiado oscuro para seguir trabajando. Las parras tapaban° las
 uvas y era muy difícil ver los racimos.° "Vámonos", dijo Papá
 señalándonos que era hora de irnos. Entonces tomó un lápiz y
 comenzó a figurar cuánto habíamos ganado ese primer día.
 Apuntó números, borró algunos, escribió más. Alzó la cabeza sin
 135
 decir nada. Sus tristes ojos sumidos° estaban humedecidos.
 Cuando regresamos del trabajo, nos bañamos afuera con el
 agua fría bajo una manguera.° Luego nos sentamos a la mesa
 hecha de cajones de madera y comimos con hambre la sopa de
 fideos.° las papas y tortillas de harina° blanca recién hechas.
 Después de cenar nos acostamos a dormir, listos para empezar a
 140
 trabajar a la salida del sol.
 Al día siguiente, cuando me desperté, me sentía magullado;°
 me dolía todo el cuerpo. Apenas podía mover los brazos y las
 piernas. Todas las mañanas cuando me levantaba me pasaba lo
 mismo hasta que mis músculos se acostumbraron a ese trabajo.
 145
 Era lunes, la primera semana de noviembre. La temporada de
 las uvas se había terminado y ya podía ir a la escuela. Me
 desperté temprano esa mañana y me quedé acostado mirando las
 estrellas y saboreando° el pensamiento de no ir a trabajar y de
 empezar el sexto grado por primera vez ese año. Como no podía
 dormir, decidí levantarme y desayunar con Papá y Roberto. Me
 senté cabizbajo° frente a mi hermano. No quería mirarlo porque
 sabía que él estaba triste. Él no asistiría a la escuela hoy, ni
 150
 mañana, ni la próxima semana. No iría hasta que se acabara la

cotton / rubbed
stained / peel off

top / slope

crowd

I was startled

school desk
scared

recess

temporada de algodón,° y eso sería en febrero. Me froté° las
 manos y miré la piel seca y manchada° de ácido enrrollarse° y caer
 al suelo.
 Cuando Papá y Roberto se fueron a trabajar, sentí un gran
 155
 alivio. Fui a la cima° de una pendiente° cerca de la choza y
 contemplé a la "Carcanchita" en su camino hasta que desapareció
 en una nube de polvo.
 Dos horas más tarde, a eso de las ocho, esperaba el camión de
 160
 la escuela. Por fin llegó. Subí y me senté en un asiento
 desocupado. Todos los niños se entretenían hablando o gritando.
 Estaba nerviosísimo cuando el camión se paró delante de la
 escuela. Miré por la ventana y vi una muchedumbre° de niños.
 Algunos llevaban libros, otros juguetes. Me bajé del camión, metí
 165
 las manos en los bolsillos, y fui a la oficina del director. Cuando
 entré oí la voz de una mujer diciéndome: "May I help you?" Me
 sobresalté.° Nadie me había hablado inglés desde hacía meses. Por
 varios segundos me quedé sin poder contestar. Al fin, después de
 mucho esfuerzo, conseguí decirle en inglés que me quería
 matricular en el sexto grado. La señora entonces me hizo una
 170
 serie de preguntas que me parecieron impertinentes. Luego me
 llevó a la sala de clase.

155

160

165

170

175

180

185

190

110

115

120

125

130

135

140

145

150

dizzy
walnuts
wrote down
was drawing
small stick / grow pale
bus / whispered

got off
hiding place

offense... smelly and heavy
surrounded / se... swallowed
covered
bunches, clusters

sunk
hose
noodles / flour

bruised; sore

enjoying

pensive

me miró sonriéndose. Me sentí mucho mejor. Me acerqué a él y le pregunté si me podía ayudar con las palabras desconocidas. "Con mucho gusto", me contestó.

El resto del mes pasé mis horas de almuerzo estudiando ese inglés con la ayuda del buen señor Lema. 195

Un viernes durante la hora del almuerzo, el señor Lema me invitó a que lo acompañara a la sala de música. "¿Te gusta la música?", me preguntó. "Sí, muchísimo", le contesté entusiasmado, "me gustan los corridos mexicanos".^o Él cogió una trompeta, la tocó un poco y luego me la entregó.^o El sonido me hizo estremecer.^o Me encantaba ese sonido. "¿Te gustaría aprender a tocar este instrumento?", me preguntó. Debí haber comprendido la expresión en mi cara porque antes que yo le respondiera, añadió: "Te voy a enseñar a tocar esta trompeta durante las horas de almuerzo". 200

Ese día casi no podía esperar el momento de llegar a casa y contarle^o las nuevas a mi familia. Al bajar del camión me encontré con mis hermanitos que gritaban y brincaban^o de alegría. Pensé que era porque yo había llegado, pero al abrir la puerta de la chocita, vi que todo estaba empacado en cajas de cartón... 210

corridos... Mexican folk songs
me... handed it over to me /
tremble

tell them
were jumping